



DINÁMICAS GEOPOLÍTICAS GLOBALES Y EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Bernardo Sorj y Sergio Fausto

Resumen-Working Paper n° 1, Julio de 2010



www.plataformademocratica.org

Dinámicas Geopolíticas Globales y el Futuro de la Democracia en América Latina

Resumen

Bernardo Sorj y Sergio Fausto

A partir de la caída del muro de Berlín y el fin de la alternativa comunista, la región presenció la diseminación del régimen democrático en prácticamente todos los países, con excepción de Cuba. Las dinámicas nacionales acompañaron el cuadro internacional de triunfo de la democracia capitalista liberal bajo el liderazgo de los EE.UU. y el aparente fin de alternativas geopolíticas.

La posibilidad de proyectos de poder que se colocan frontalmente en contra de la democracia liberal y la economía de mercado solo fueron posibles cuando surgieron divisiones en el sistema político internacional, con la ascensión de nuevos centros de poder con proyectos ideológicos alternativos. Como sabemos esto sucedió con el surgimiento de la Unión Soviética, el eje nazi-fascista y posteriormente la Revolución Cubana (sustentada a su vez por la Unión Soviética). Esto permitió que grupos revolucionarios vislumbrasen la posibilidad de romper radicalmente con los Estados Unidos, asociándose al bloque soviético o que élites locales y gobiernos autoritarios en cierto momento llegasen a coquetear con el nazi-fascismo.

Los Estados Unidos fueron el principal factor de gobernanza (y desgovernanza) regional en buena parte del siglo XX, sea en el sentido de indicar los rumbos del orden económico, sea de capacidad militar de contención de países u organizaciones políticas que se contraponían al orden capitalista liberal. Como sabemos la integración en el sistema internacional, primero bajo la hegemonía inglesa y posteriormente estadounidense, no significó que las élites locales latinoamericanas hayan mantenido un compromiso con la democracia. Inclusive la preocupación con el “peligro comunista” llevó muchas veces a los EE.UU. a apoyar dictaduras, generalmente militares. Aún así, estas dictaduras nunca llegaron a consolidar proyectos ideológicos alternativos a la democracia liberal y a la economía de mercado, pues habría implicado enfrentar directamente a la potencia hegemónica en la cual se apoyaban.

En América Latina, en la segunda mitad del siglo XX, los marcos analíticos de comprensión del sistema internacional, sea de “izquierda” o de “derecha”, fueron enmarcados por la actitud bipolar de apoyo irrestricto o de confrontación total con los Estados Unidos, aunque pudiesen variar los grados de adhesión a la Unión Soviética entre los partidos y movimientos de izquierda. Esta perspectiva no tiene más referencia en la realidad pues el orden regional depende en forma creciente del papel de los actores locales y posibles alianzas con nuevas

potencias emergentes.

El nuevo contexto no tiene la clareza de la bipolaridad capitalismo/comunismo, que dominó durante el siglo XX. Hoy día se presentan posibilidades de alianzas a geometría variable, en un contexto de pérdida de poder de los Estados Unidos, de emergencia de nuevos polos de poder económico (China, especialmente) y de aparición o re-aparición parcial de fuentes de suministro de equipamiento militar fuera de la OTAN (en especial, Rusia).

En este nuevo contexto, hay que tener en cuenta también el surgimiento de actores no estatales, mucho de los cuales operan en redes transnacionales, y juegan papeles importantes, como factores que afectan la dinámica de las instituciones democráticas y las relaciones inter-estatales. El ejemplo más obvio, y negativo, para la democracia y la seguridad son las narco-guerrillas y el narcotráfico. Pero no son los únicos. En clave menos cargada valorativamente, sobresalen movimientos sociales en torno a temas del medio ambiente y de los derechos de los pueblos originarios, que tienen articulaciones intra e inter-regionales y establecen relaciones de cooperación/conflicto con gobiernos de la región. En suma, se trata de un cuadro donde la lógica de la bipolaridad fue sustituida por posibilidades de alianzas a geometría variable, con puntos de apoyo diversos, algunos fuera del mundo occidental, y donde se presentan actores que no operan dentro de la lógica de las relaciones entre estados nacionales.

A nivel global, vivimos en un mundo donde los Estados Unidos perdieron parte de su peso relativo en la economía mundial, donde China, en particular, surge como la gran potencia económica del futuro, constelando en su alrededor la economía de Este de Asia, con un apetito y disposición voraz para asegurar fuentes de recursos naturales y exportar un cada vez más amplio abanico de manufacturas. La búsqueda de China por recursos naturales produce efectos en África, hace poco área exclusiva de influencia de Europa y de los Estados Unidos. La creciente inversión de China en el continente africano se da generalmente mediante relaciones gobierno a gobierno, muchas veces fortaleciendo, de hecho, regímenes no democráticos. En América Latina, China penetra en un ambiente distinto. Hasta el momento los impactos del dinamismo chino en el continente latino-americano se dieron por medio del comercio, produciendo un aumento del valor y del quantum de las exportaciones de *commodities*, con efectos positivos sobre las cuentas fiscales y externas. Es creciente todavía la competencia en el sector industrial, que empezó por las industrias livianas y ahora se ensancha hacia sectores más intensivos en capital y tecnología. Por su vez esta aumentando la inversión directa en la región, que empieza a generar tensiones en torno a la tenencia de tierras y el uso recursos naturales.

Al margen, se debe notar aún la emergencia de Irán como un polo de referencia en el mundo islámico, ahora sin el freno regional que en su momento representó Irak. Irán pone deliberadamente en jaque la hegemonía norte-americana, actuando sobretudo en el Medio Oriente, pero también globalmente, incluso en América Latina, donde encuentra afinidades ideológicas y estrecha vínculos de cooperación, incluso en el área nuclear, con algunos países. Esto sin dejar de mencionar Rusia, que a pesar de haber perdido su capital ideológico y parte de su poderío militar, continúa siendo un *player* que no se somete a la lógica “occidental”, pese a la reaproximación reciente con los Estados Unidos.

Esta nueva configuración internacional no explica el surgimiento en América Latina de proyectos políticos nacionalistas-estatizadores en países donde la principal fuente de ingreso fiscal son los recursos naturales. Estos tienen causas fundamentalmente internas, y están asociados en cada contexto local a diferentes tipos de élites, militares en Venezuela,

movimientos indígenas en Bolivia o exmilitantes revolucionarios en Nicaragua. Pero la nueva configuración internacional contribuye para la viabilización de estos proyectos. La posibilidad de contar, por ejemplo, con inversión internacional de China y apoyo militar ruso, representa una plataforma a partir de la cual se torna plausible desarrollar un modelo alternativo a la economía de mercado y al capitalismo liberal. Por otro lado, estos proyectos pueden afectar no solamente la configuración regional, sino que también la global, aún cuando de modo limitado, como lo demuestra Venezuela bajo el liderazgo de Hugo Chávez. No es pues indiferente que un proyecto nacional-estatista tenga o no vocación “internacionalista” y disponga de recursos para “exportar” su modelo y difundir su influencia. A propósito, los modelos alternativos al capitalismo y a la democracia liberal tienen una fuerte influencia sobre buena parte de los principales “movimientos sociales anti-globalizantes” — que, por su vez, muchas veces reciben apoyo o están asociados a los gobiernos referidos.

Los efectos de la nueva configuración global no se agotan todavía en dar encauce ideológico y financiero a proyectos radicales de refundación del sistema político y económico desde el Estado. Mismo en los países con instituciones económicas y políticas más sólidas, la nueva configuración global refuerza tendencias históricas a un “capitalismo de compadres”, más o menos personalista o asociado a corporaciones (particularmente sindicales y militares). Puede que sea incluso un capitalismo internacionalmente competitivo, basado en una alianza entre un Estado dirigista con recursos financieros y grandes empresas privadas, impulsados ambos por el *boom* de las *commodities* y con vínculos privilegiados con las élites político-burocráticas. Este modelo puede presentar problemas de compatibilidad con el control, transparencia y autonomía de los poderes del estado y la autonomía de la sociedad civil.

El último lustro del siglo XX apuntaba hacia la consolidación de democracias liberales en la región, con incorporación de nuevos actores en la arena política, fenómeno que antecede y en parte explica el surgimiento de gobiernos de nuevo signo. Esta perspectiva fue profundamente abalada por las crisis financieras de los países de la región en los años 1990. La “nueva globalización”, marcada por la ascensión de China y el descenso relativo de los Estados Unidos, está permitiendo un relanzamiento de la América Latina desde el punto de vista económico, con mejoría de los indicadores sociales, pero no asegura el futuro de la democracia y de la paz en la región. Al revés, lo que se ve son tendencias hacia regímenes autoritarios y/o procesos de concentración del poder político y económico que pueden poner en jaque el contenido, aún cuando mantenida la forma, de las instituciones democráticas.

Este cuadro requiere un pensamiento latino-americano que, pese a las diferencias nacionales, permita identificar una cierta identidad de proyecto que incorpore a la democracia en el centro de estrategias de desarrollo y proyección internacional. El siglo XX fue fundamentalmente un siglo de paz en las relaciones entre los países latinoamericanos. Y lo fue no por la intervención de los Estados Unidos, sino que, al revés, por la capacidad de los países de la región de resolver sus conflictos internos entre los países, construyendo una tradición jurídica y política de respeto a la soberanía y al principio de no intervención en los asuntos políticos internos. La continuidad de esta tradición no está asegurada.